

atribuciones dictatoriales; y en el otoño del año 1835 marchó Santa Ana contra Tejas para reducir á los habitantes á la obediencia; pero estos le rechazaron y constituyeron, en 12 de noviembre, un gobierno provisional en San Felipe.

Algun tiempo antes el embajador de los Estados Unidos en Méjico, Butler, había propuesto á Jackson, entonces presidente, ofrecer medio millon de pesos al confesor de la hermana del dictador Santa Ana para adquirir por medio de su influencia el territorio de Tejas; pero Jackson prefirió el camino derecho é hizo ofrecer por la cesion de Tejas, hasta las orillas del Rio Grande del Norte y la costa del Pacifico, cinco millones y medio de pesos, lo cual no fué aceptado á pesar de la terrible penuria con que luchaba el gobierno mejicano.

En el mismo año 1835 fué nombrado general en jefe de las fuerzas de Tejas, en lugar de Estéban Austin, que se retiró, un aventurero enérgico, originario de Virginia y descendiente de una familia montañesa de Escocia, llamado Samuel Houston.

A la edad de catorce años, en 1807, había perdido á su padre, y con su madre, cinco hermanos y tres hermanas se trasladó al Estado de Tennessee, donde su madre, para acostumbrarle al trabajo, le colocó de aprendiz en una tienda; pero el joven huyó al cabo de poco tiempo á una tribu cheroquí vecina, cuyo jefe le adoptó. Cansado de la vida india, volvió entre los suyos y se hizo maestro de escuela. Cuando se organizó la expedicion contra los indios criques sentó plaza de voluntario; se distinguió muy pronto por su valor, recibió el grado de teniente, y herido de gravedad, quedó despues de curado en el ejército permanente, gracias á su disposicion extraordinaria para el arte militar, sirviendo repetidas veces de agente entre el gobierno y los indios cheroquíes. Al propio tiempo dedicóse al estudio de las leyes y de la abogacia y se recibió de abogado cuando no tenia todavía veinticinco años. Abrió bufete en el Estado de Tennessee, de cuyas milicias fué nombrado coronel, y en 1821 recibió el grado de teniente general. Siendo partidario ardiente de Jackson, al cual se parecia por mas de una cualidad, fué elegido, en 1823, diputado de su Estado á la cámara de representantes. En 1827, gozando de gran popularidad, se le nombró por gran mayoría gobernador-presidente del Estado de Tennessee y dos años despues casóse con la hija de una familia opulenta y antigua. En aquella época proyectó pasar á Tejas y conquistar este país para la Union, á cuyo fin, en 1829, poco despues de su casamiento, se trasladó á Washington, donde sometió su proyecto al presidente Jackson. Este le prometió su apoyo indirecto y moral; pero en aquel momento supo Houston que su esposa amaba á otro y se había casado con él contra su voluntad para complacer á sus padres. Entonces tomó una resolucion extrema; dimitió su cargo, el mas elevado de su país, y para acallar su acerbo dolor se dirigió disfrazado á Arkansas, cerca de su padre adoptivo el jefe indio. Allí se consoló pronto y no tardó en enamorarse de una joven mestiza, tan alta y robusta como él, y ambos se construyeron una choza de troncos de árboles cortados por ellos mismos. Esta choza existia todavía despues de la guerra separatista y fué visitada por muchas personas. La vida salvaje y el abuso del pésimo aguardiente, al cual son tan inclinados los indios, empezaba á embrutecer á Houston como ha embrutecido á millares de blancos hasta ponerles un nivel mas bajo que los mismos indios; pero este se rehizo y resolvió volver á la vida civilizada, aprovechando la ocasion de ser elegido por la tribu india para pasar á Washington y exponer al presidente las arbitrariedades é injusticias que los cheroquíes tenían que sufrir de los agentes del gobierno. Cumplida esta mision regresó al campo indio, para

quedar bien, y dejando allí á su nueva compañera, despojóse de su traje indio y con un amigo llamado Shmith, sordo pero tirador maravilloso, se dirigió á Tejas. A este amigo dijo Houston que queria volver á ser hombre, que llegaria á ser presidente de Tejas, que despues negociaria la entrada de este país en la Union y que llegaria á ser, finalmente, presidente de los Estados Unidos. Todo se cumplió, menos lo último, porque cuando hubo llegado á punto de obtenerlo, había entrado á dominar un partido al cual Houston no convenia. Por lo pronto llegó á Tejas, donde comenzó á hacer carrera, siendo nombrado, como ya hemos dicho, general en jefe de las fuerzas levantadas contra el gobierno mejicano, que hacia grandes aprestos militares para reducir aquella provincia á la obediencia y expulsar de ella á los colonos y hacendados anglo-americanos.

En 2 de marzo de 1836 proclamó el gobierno provisional solemnemente la independencia del país. El documento llevaba 60 firmas, de las cuales 57 eran de colonos originarios de los Estados Unidos y tres de mejicanos, especuladores y traficantes en terrenos; los primeros eran en su mayoría hacendados, dueños de esclavos, y se llamaban ciudadanos de Tejas porque así lo tenían por conveniente. Cuatro dias despues se presentó Santa Ana con su ejército y tomó el fuerte de Alamo despues de una lucha sangrientísima, en la cual los defensores de la plaza sucumbieron todos con las armas en la mano, si puede creerse lo que dice la siguiente inscripcion, que conmemora en el monumento erigido en Alamo aquella «heróica defensa.» Dice así: «Los defensores de las Termópilas tuvieron un mensajero para llevar la noticia de su muerte heróica á los suyos; los defensores de Alamo no tuvieron ni mensajero.» Pocos dias despues rindióse un titulado coronel con su destacamento de 412 individuos porque Santa Ana les había asegurado la vida; pero el dictador faltó á su palabra, los hizo formar en un llano cerca de un pueblo llamado Goliad y mandó hacer fuego sobre ellos hasta que todos fueron muertos. Esta ferocidad excitó el furor de los habitantes del Tennessee, la Luisiana, Kentucky y Mississippi, de tal suerte que centenares de robustos y rudos colonos fronterizos pasaron á Tejas y se reunieron con Houston para vengar aquellas victimas.

En Houston cifraban los colonos de Tejas su última esperanza. No teniendo mas que 374 hombres había juzgado prudente evitar el primer empuje de los enemigos y se había replegado sobre el rio Colorado, con esperanza de atraerse allí algun refuerzo. Así sucedió, en efecto, porque aumentó su fuerza hasta 749 hombres, incluidos 70 jinetes, con dos cañones pequeños y una carreta tirada por dos yuntas de bueyes para el bagaje. Para pasar la pequeña fuerza un rio, hizo Houston mismo los remos. A orillas del rio San Jacinto se encontró con el enemigo, que tenia, segun decian los tejanos, 1,800 hombres, á los cuales se había unido poco antes de la batalla un cuerpo de 540. La fuerza de Houston estaba impaciente por combatir con la mejicana, que había cometido desde la matanza de Goliad infinitas otras ferocidades, y los que huían delante de ella, mujeres y niños, habían inflamado con sus relaciones y lamentos el furor de los soldados de Houston hasta el último grado. El capitán Smith, amigo de aquel, para excitar aun mas su arrojo, había hecho destruir el único puente que les tenia abierta la retirada. Los mejicanos no resistieron el ataque de los anglo-americanos, los cuales con la culata de sus fusiles los mataron como fieras. La victoria de los norte-americanos fué completa; media hora había durado la lucha, en la cual los vencedores tuvieron siete muertos y 16 heridos, y los mejicanos 632 bajas entre muertos y heridos, haciendo además 730 prisioneros, sin contar los que mataron y cayeron priso-

neros en los dias siguientes (1). Se dice que solo siete individuos se salvaron de todo el ejército mejicano. Houston fué herido, pero no abandonó el sitio del combate y dirigió la persecucion, que tan buenos resultados dió. Desde entonces quedó Tejas libre del enemigo, el cual si posteriormente volvió á hacer alguna irrupcion en el territorio, no llegó jamás á fijarse en él. Entre los prisioneros

hallábanse tambien Santa Ana y su segundo el general Cos. En el primer momento de excitacion iban los de Tejas á matarlos, pero Houston, pensándolo mejor, quiso aprovechar la ocasion para hacer reconocer por medio de Santa Ana la independencia de Tejas por la república de Méjico. Santa Ana se avino, en efecto, á todo; se hizo un armisticio y el dictador mejicano prometió hacer el reconocimiento oficial



Guillermo Enrique Harrison

y evacuar el territorio de Tejas. Sin embargo, el parlamento mejicano declaró nulo y de ningun valor todo cuanto había hecho su presidente durante su prision. Un monumento erigido en el sitio de la batalla, junto al rio San Jacinto, conmemora la victoria de los tejanos y la arenga que Houston dirigió á sus guerreros antes de entrar en accion.

(1) Todos estos números son inexactos y están exagerados en la relacion de Potter, *Magazine of American History*, julio de 1883. Houston dijo en su relacion que las pérdidas de los mejicanos habían sido 1,568, lo cual considera Holst como una muestra de la vanidosa fanfarronería de los tejanos, pues que Santa Ana solo tenía 1,500 hombres, y era preciso que hubiesen caído muertos, heridos ó prisioneros, 68 mas de los que llevaba. (N. del T.)

Houston, cuya herida se había empeorado, tuvo que pasar á Nueva Orleans para curarse, y tan pobre era, que algunos amigos hubieron de prestarle el dinero para pagar este gasto. Solo dos semanas permaneció en Nueva Orleans y regresó á Tejas. Entonces se le nombró presidente, de cuyo empleo tomó posesion en otoño del mismo año 1836.

Trabajo y disgustos costó reducir á la obediencia á todos aquellos coroneles y generales improvisados, que concluida la guerra se hicieron demagogos ó especuladores en terrenos; el pueblo en general pidió á su presidente imposibles, hasta que este, aburrido, ofreció á su antiguo amigo Jackson su cooperacion valiosa para la anexion de Tejas á los Estados Unidos.

Jackson no aceptó este ofrecimiento, porque en su opinion el territorio de Tejas formaba ya parte de los dominios de la Union por el tratado de cesion de la Florida, y además no queria enredar á los Estados Unidos en una guerra con Méjico, guerra que la anexion de Tejas habria hecho inevitable.

Houston, concluido el período de su presidencia, no fué reelegido, y terminó su primera presidencia con un gran golpe de efecto para su auditorio. Aprovechando la circunstancia de adornar la pared detrás de la silla presidencial un retrato de Washington de tamaño natural, pronunció su discurso de despedida vestido exactamente como aquel célebre libertador de los Estados Unidos, al cual imitó por lo demás tan bien que el auditorio pudo hacerse la ilusion de ver y oír al mismo Washington, que parecia salirse del cuadro. Aplausos frenéticos le recompensaron de su idea original.

El sucesor de Houston en la presidencia de la república de Tejas fué Lamar, ciudadano de Georgia que habia hecho como voluntario á las órdenes de aquel la última campaña, y se habia distinguido por su arrojo y valor impetuoso en la batalla de San Jacinto. Era persona mas propia, dice Sargent en su obra, para haber brillado en la corte de Renato I de Anjou que entre los rudos y codiciosos ciudadanos de Tejas, porque era amigo de la poesia y en general de las bellas letras. La situacion de la jóven república, pasado el primer entusiasmo de la libertad, era triste y casi desesperada, porque no habia dinero ni casi de dónde sacarlo, ni crédito, á pesar de los esfuerzos realmente heroicos de Lamar para arbitrar recursos, y sin embargo habia que gobernar y estar además preparado para hacer frente á los mejicanos, que podian presentarse con un nuevo ejército el día menos pensado para tomar venganza y recobrar lo perdido. Para estar prevenidos se convino en tener permanentemente sobre las armas una fuerza de 2,400 hombres, que efectivamente fué organizada, pero que al poco tiempo quedó reducida por desercion á menos de mil, porque no habia medio de pagar ni á estos. Muchos volvieron á los Estados Unidos, y los que no podian volver por tener allí cuentas pendientes con la justicia, pasaron á Méjico, para sentar allí plaza en cualquiera de las facciones que en rápida sucesion se disputaban el poder. Por lo demás, tan falto de recursos estaba el gobierno mejicano como el de Tejas y sueldo no habia.

En 1839, habiendo reconocido el gobierno francés la república de Tejas como Estado independiente, el general Hamilton, de la Carolina del Sur, trató por encargo de Lamar de levantar un empréstito de 6 millones de pesos en Paris, dando en garantía las rentas de las aduanas, prometiendo dar á 8,000 emigrantes franceses terreno gratuito para establecer colonias y ofreciendo la cesion á la Francia del puerto y territorio de San Francisco de California, cuyo país, decia la proposicion, podia conquistarse fácilmente con los territorios del Norte de Méjico, Chihuahua y la Sonora. El gobierno de Luis Felipe autorizó á la casa Lafitte y compañía para encargarse del empréstito; pero el parlamento de Tejas no aprobó las condiciones, probablemente por influencia secreta del gobierno de Washington y de los Estados del Sur, porque el primero ambicionaba la California y el puerto de San Francisco para la Union y no podia permitir que la Francia volviera á establecerse en el continente norteamericano; al paso que los Estados del Sur pensaban transformar todos los territorios conquistables en Estados esclavistas anglo-americanos. Así se deshizo la negociacion, con gran disgusto del gobierno francés, que tomó hacia la república de Tejas una actitud nada halagüeña, tanto mas justificada cuanto que su enviado Saligny habia sido insultado, aunque el gobierno de Tejas se apresuró á dar la satisfaccion debida. Este insulto al enviado francés merece aquí una mencion

especial, porque ilustra singularmente el carácter norteamericano y la civilizacion en particular de los habitantes de Tejas en aquella época. El gobierno de Tejas residia en la ciudad de Austin, de cuyo Estado primitivo el lector se puede formar una idea si recuerda el de Washington segun la descripción de esta capital que dimos en otro capitulo. Un cerdo de los que se recreaban entonces en las calles de la ciudad penetró en la casa del representante francés y fué muerto por uno de los criados. El dueño del cerdo, que lo era al mismo tiempo de la mejor posada del lugar, dió una paliza al criado matador del cerdo, y cuando el enviado francés entró poco despues en la posada para saludar al representante del gobierno de Washington, que habia llegado á Austin, el posadero le echó á la calle, sin curarse de su calidad de embajador.

El apuro del gobierno habia llegado entretanto al extremo de no poder pagar siquiera los efectos de escritorio que necesitaba en sus oficinas. Entonces decidióse Lamar á aumentar la emision de 600,000 pesos de papel-moneda creado durante la presidencia de Houston, en virtud de una ley votada en el parlamento. Este aumento desacreditó el papel, el cual bajó rápidamente á la cuarta parte de su valor nominal y gradualmente hasta quedar completamente desacreditado. Una expedición de conquista al Nuevo Méjico que emprendió imprudentemente Lamar, y que tuvo un éxito desgraciadísimo, acabó de desacreditarle, y en su lugar fué reelegido Houston, que tomó posesion de este cargo, por segunda vez, en 13 de diciembre de 1841. Su primer cuidado fué llamar la escuadra tejana, formada de algunas goletas pequeñas y mal armadas, enviada por Lamar á Yucutan, que se habia pronunciado contra el gobierno de Méjico para auxiliar á los sublevados; mas el almirante no pudo volver por cuestiones de dinero y el asunto quedó así, sin tener otras consecuencias.

También se arregló Houston con los indios que inquietaban las poblaciones, consiguiendo que se mantuviesen quietos; y finalmente hizo en la administracion grandes economías; cambió los bonos del tesoro, que representaban de seis á siete millones de pesos, pero que estaban completamente despreciados, por un número fijo de nuevos bonos por valor de 200,000 pesos, dando seguridad de no aumentar este número. Aun así desmerecieron rápida y considerablemente en el mercado, tanto que al cabo de un año habian bajado á la cuarta parte de su valor, y lo peor fué que las cajas del gobierno no los admitian sino por su valor efectivo, como el comercio. La situacion de la jóven república llegó á ser tan desesperada que sin el robusto apoyo de sus amigos en los Estados Unidos habria sucumbido irremediamente.

Los mejicanos hicieron todavía dos tentativas para recuperar el país, y en ambas llegaron á apoderarse de San Antonio, la plaza mas fronteriza. La primera invasion tuvo efecto en 1842, mandando la expedicion el general Vazquez; los tejanos, á las órdenes de Somerville, los rechazaron, y trescientos de estos últimos, desobedeciendo á su jefe, continuaron la persecucion dentro del territorio mejicano. Cerca de la ciudad de Mier fueron copados y hecho prisioneros; pero aprovechando una ocasion favorable mataron la escolta mejicana y se evadieron. A los pocos dias volvieron á caer en manos de los mejicanos, los cuales los diezmaron por suerte y se llevaron á los demás prisioneros.

Tarea difícil y sembrada de disgustos era gobernar aquella república sin recursos y con poblacion que en su mayoría estaba formada de la hez de los demás Estados de la Union; pero á pesar de estos obstáculos, mantúvose el Tejas cerca de diez años como república independiente.

Houston murió en 1863, á la edad de 71 años, pobre y caduco. Despues de la anexion de Tejas perteneció al partido moderado del Sur, que no queria la disolucion de la Union.

La historia de la anexion de Tejas es un cuadro de intrigas políticas y de partido, de actos hipócritas y brutales del gobierno, acerca del cual dice el general Grant, en sus memorias: «Aun admitiendo que la necesidad justificara la anexion, no es posible justificar la guerra que con Méjico se provocó.»

Decidido Jackson á realizar la anexion de Tejas, mandó en la primavera del año 1836 al general Gaines que invadiera con sus fuerzas aquel país, avanzando hasta Nacogdoches si fuera menester para evitar una invasion de las tribus indias en el territorio de la Union. Este era solo un pretexto hipócrita, porque por parte de los indios no amenazaba peligro alguno. Gaines comprendió la intencion y entró en junio de 1836 en el territorio de Tejas, donde desertaron muchos de sus soldados, que en su mayoría sentaron plaza en el ejército tejano. El gobierno de Méjico, al saber esta infraccion de la neutralidad de parte de los Estados Unidos, dió la orden á su embajador en Washington de pedir sus pasaportes y de volver á la capital, y así lo hizo. En 1.º de marzo de 1837 votó el senado de los Estados Unidos, por veintitres votos contra diez y nueve, el reconocimiento de la república de Tejas; pero la cámara de representantes se limitó á votar el sueldo de un agente diplomático que el poder ejecutivo quedaba autorizado para enviar á Tejas, siempre que le constara que esta república era una potencia independiente. Esto era en el fondo también un reconocimiento de la independencia de Tejas.

En el mismo año de 1836 encargó Jackson al embajador de la Union en Méjico que presentara al gobierno de esta república una lista de quince quejas de ciudadanos de los Estados Unidos y pidiera por ellas satisfaccion, tomando una actitud decidida. Ellis, el embajador, cumplió sus instrucciones, y á pesar de la excelente disposicion del gobierno mejicano para satisfacer las exigencias del gobierno de Washington, amenazó con pedir sus pasaportes, para darle mas prisa é intimidarle, y el 7 de diciembre partió de Méjico en efecto. Adams criticó esta conducta en el congreso, diciendo que desde la batalla de San Jacinto cada paso del gobierno de los Estados Unidos parecia estar dictado por el deseo de provocar una ruptura con Méjico si esta república no se dejaba intimidar y no preferia ceder de grado á los Estados Unidos no solamente el territorio de Tejas sino toda la cuenca del Rio del Norte y toda la faja dentro de las mismas latitudes hasta el Pacífico. Clay fué de la misma opinion, y el presidente Van Buren, para justificar su conducta, presentó al congreso una lista, no ya de 15, sino de 46 quejas contra Méjico, por supuesto la mayor parte muy frívolas. La mayoría de la cámara de representantes, adicta y obediente al gobierno, aprobó su política, y entonces, para mayor mortificacion del gobierno mejicano, fué nombrado el mismo Ellis, contra todos los usos de la diplomacia internacional, para continuar las negociaciones, enviándosele un ultimatum en el cual se daban á los mejicanos diez dias de tiempo para zanjar las reclamaciones pendientes.

Poco antes de esto el representante de Tejas en Washington habia ofrecido al gobierno de los Estados Unidos oficialmente la anexion de su país; pero Van Buren no aceptó para eludir la guerra con Méjico, que habria sido la consecuencia inevitable de la anexion; la guerra costaba dinero y la situacion del tesoro federal era, conforme hemos explicado antes, apuradísima. La guerra tiene además peripecias que podian, en caso de resultar desfavorables, perjudicar no

solo al país sino también al presidente, y Van Buren no era hombre para hacer frente como Jackson á las tempestades políticas interiores. Es verdad que los Estados del Sur, Mississippi, Alabama y Tennessee, se habian pronunciado en favor de la anexion; pero la rechazaban los de Rhode-Island, Vermont, Ohio, Massachusetts, Maine, Connecticut, Nueva York y Pensilvania. El gobierno de Méjico propuso someter la cuestion á un arbitraje; Van Buren trató de ganar tiempo, pero finalmente aceptó, en 21 de abril de 1838, la proposicion, y de comun acuerdo nombraron las dos partes árbitro al embajador prusiano en Washington, y para asesorarle nombró cada parte dos comisionados.

Esta comision no empezó á trabajar hasta el mes de agosto de 1840, y empleó 18 meses en el exámen de las reclamaciones de los Estados Unidos, que montaban juntas á 11.850,000 pesos, en cuya suma habia partidas como la de 1,690 pesos por 672 botellas de cerveza. De estas reclamaciones admitió la comision por valor de 2.026,000 pesos, y por esta vez se apaciguó el conflicto.

Volvamos ahora al sucesor de Van Buren y á la capital federal. Washington habia progresado muy poco en los últimos diez ó quince años, cuando el nuevo presidente Harrison hizo su entrada en ella. La poblacion y el número de edificios se habian aumentado, pero las calles estaban todavía sin empedrar, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno; el ganado se recreaba en las calles y plazas, y delante de las casas las mozas vaqueras ordeñaban las vacas del dueño de la casa. Diversiones públicas ni privadas apenas existian; la vida social y las costumbres anticuadas del siglo pasado y principios de este habian desaparecido en gran parte, pero la nueva generacion democrática no habia creado ni menos consolidado las suyas. Familias antiguas no existian en Washington, donde con cada nuevo presidente se veían caras nuevas. Las formas sociales habian tomado, como ya hemos dicho, un carácter mas rudo y brutal; la moralidad dejaba mucho que desear, y los excesos y estragos se habian hecho mas comunes y mas repugnantes. En los debates de los cuerpos legislativos y en otros sitios públicos el trato social habia degenerado, y todo llevaba un sello mas vulgar por no decir brutal. Las formas decorosas nada ganaron con la cohorte de cazadores de empleos, esta vez gente del Norte, que tras el nuevo presidente se abatíó sobre la capital de la Union. Harrison, hombre sencillo y honrado, estaba animado de las mejores intenciones, y antes de hacer su entrada solemne tuvo el buen tacto de hacer una visita á Clay, su competidor vencido, al cual ofreció un puesto en su gabinete. Clay no le aceptó, pero prometió auxiliar al nuevo presidente con sus consejos y en cuanto de él dependiera, recomendándole por lo pronto para las diferentes carteras y altos puestos las personas mas á propósito, que Harrison aceptó muy agradecido. Así fué que formó su ministerio con las personas siguientes: Webster, ministro de Estado; Tomás Ewing, de Ohio, para la Hacienda; Juan Bell, de Tennessee, para la cartera de la Guerra; Badger, de la Carolina del Norte, para la de Marina; Granger, de Nueva York, para la direccion general de Correos, y Crittenden, de Kentucky, para la cartera de Justicia.

El día de la inauguracion estaba frío y ventoso; Harrison hizo su entrada á caballo, y vestido de frac, sin otro abrigo, estuvo expuesto durante hora y media al viento glacial y penetrante. Su discurso inaugural fué bastante incoloro, pero en cambio estaba sembrado de citas históricas, y eso que Webster, que lo habia repasado y corregido, dijo que lo habia descargado de 17 proconsules romanos. En suma, prometió lo que despues han prometido todos los presidentes, incluso el actual Cleveland, grandes reformas en la ad-